

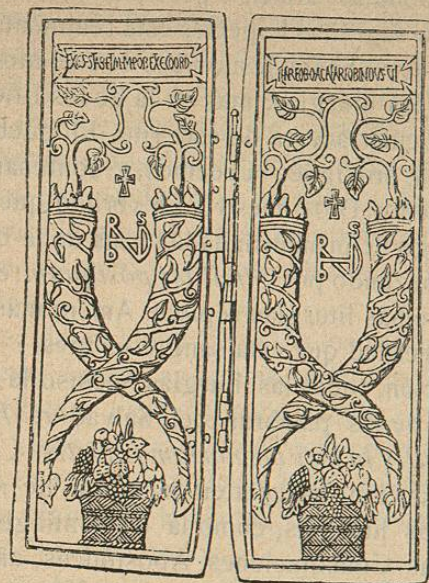
dos y cuáles los que estaban en comunión con ellos: otros dicen que se recitaban desde el púlpito; hay quien pretende que detrás del altar, mas esto es algo insostenible; finalmente, otros hay que aseguran que no los recitaba el diácono, sino el subdiácono en el altar, y con voz baja. Todas estas divergencias se pueden conciliar advirtiendo, que no en todas las iglesias se usaba esta costumbre del mismo modo. Tal precioso rito subsistió por mucho tiempo en ambas iglesias, principalmente en la griega, ya que no quedó extinguido hasta el siglo XV, mientras que en la latina había desaparecido tres siglos antes. (Fotografado 21.)

Tomando de nuevo el estudio histórico-crítico del canon, los sacerdotes que usan la liturgia de Santiago y de S. Basilio, signan los dones con la señal de la cruz; refieren en una oración, á modo de canon, varios de los beneficios de Dios y después consagran, habiendo practicado de antemano todo lo demás que dejamos dicho; en la de S. Marcos y en la de los Etíopes se consagra inmediatamente después del Sanctus y en las Constituciones Apostólicas se narran, antes de la consagración, muchos actos de la vida, pasión, muerte y resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, y lo demás se recitaba antes del Sanctus, según el orden que cada una de ellas sigue. Es de advertir que durante todo el canon dos diáconos, puestos á los lados del celebrante, agitaban el flabelum eucarístico.

125. En aquellos tiempos de fervor, el sagrado canon se decía en voz alta, con objeto de que todos los asistentes pudiesen oírle; de esta manera se concibe que el pueblo ofreciese á Dios los santos dones y orase juntamente con el celebrante por todos los sujetos que hemos mencionado, y recordase los beneficios de Dios Nuestro Señor, los hechos, padecimientos y victoria de su santísimo Hijo, y estuviese finalmente con aquella atención, digna de envidiarse en nuestros tiempos.

126. Al llegar el celebrante á las palabras de la consagración, ó cerca de ellas, levantaba un poco la voz; (1) des-

(1) Litur. Basil.



Fotografado 21.

Diptico del consul Areobindo el joven, de principios del siglo VI. Las tablillas son de marfil y llevan grabado el racimo de uvas como símbolo eucarístico. En la primera hoja se lee: Fl. Areob. Dac. Al. Areobindus VI: *Flavius Areobindus Dagalaifus Areobindus vir illustris*. En la segunda: Exc. s. stab. Et m. m. por exc. co. ord: *Ex comite sacri stabuli et Magister militiae per Orientem exconsule consul ordinarius*.

Ha sido publicado por Donati

(Ditticci degli ant., pag. 149.)

pués elevaba los ojos al cielo, á imitación del Salvador; formaba la señal de la cruz sobre la Hostia y el Cáliz é, inclinandose un poco, profería las divinas palabras. En nuestros días los griegos las profieren en voz alta, debido á que han querido conservar la antigua costumbre, cosa que la Iglesia latina no conservó desde el siglo X por varias profanaciones que cometían los fieles.

127. Acabada la consagración del Cuerpo del Señor,

el pueblo respondía: «Amén», protestando con esta expresión que en las sagradas Especies está realmente presente el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo; de este modo se practicaba en todas las liturgias, mas en la de los Etiopes se nota un fervor particular acerca de este rito. El pueblo dice tres veces: Amén, y prosigue: «Creemos, te confesamos y te alabamos, ¡oh! Señor, Dios nuestro. En verdad que este cuerpo es tuyo». Luego de pronunciada la forma de la consagración del Cáliz, empezando por *Similiter postquam*, etc. todos los fieles en las demás liturgias repiten: Amén; mas los Etiopes añaden: «En verdad que esta sangre es tuya».

Á continuación, todas las liturgias, incluso la Romana, hacen mención de las palabras del Salvador: *Hæc quotiescumque feceritis in mei memoriam facietis*. Cuantas veces hicieris esta acción, hacedla en memoria de mí; y muchas de esas mismas liturgias, como la de Santiago, S. Marcos, S. Basilio y las Constituciones Apostólicas, añaden las expresiones del Señor: «Cuantas veces comiereis de este pan y bebiereis de este vino anunciaréis mi muerte—y demás misterios—»; respondiendo los diáconos «Creemos y confesamos».

128. El cristiano descubre con gran placer en todas las liturgias que, después de la consagración de las santas Especies, el sacerdote, teniendo delante de sí al mismo Jesucristo que padeció y resucitó por él y por todo el mundo, hace mención de su pasión, muerte, resurrección y ascensión á los cielos; recuerda que está sentado á la diestra de Dios Padre Todopoderoso, que ha de venir á juzgar á los vivos y á los muertos y á darles á cada cual según su merecido, y que por todos estos sublimes misterios y beneficios pide se digne recibir aquella Hostia pura, Hostia santa y Hostia inmaculada, el Pan santo de la vida eterna y el Cáliz de perpetua salud que le ofrece; que lo reciba y acepte, así como aceptó los dones de Abel, el sacrificio de Abraham y el de Melquisedec, y finalmente que por las manos de su ángel sea llevado á su divina presencia.

129. *Mementos.* Luego que se ha perfeccionado el es-

piritual Sacrificio, dice S. Cirilo (1), rogamos al Señor sobre aquella Hostia de propiciación por la paz común de las iglesias, por el recto porte del mundo, por los emperadores, soldados y sus compañeros, por los enfermos y afligidos y por los que necesitan de nuestras oraciones. En las Constituciones Apostólicas (2), se ruega además por todos los obispos que predicán la verdadera fe, por el que celebra el sacrificio y por los diáconos asistentes, por los sacerdotes y demás clero y por todos los que están en dignidad constituídos.

Era ofrecido en honor de todos los santos, de los patriarcas, profetas, justos, apóstoles, mártires, confesores, obispos, sacerdotes, diáconos, subdiáconos, lectores, cantores, vírgenes, viudas y legos; se ofrecía por todos aquellos cuyos nombres eran conocidos á Dios, es decir, por todo el mundo; se oraba por la ciudad, por los catecúmenos, energúmenos; en fin por todos.

130. *Salutación angélica.* Después que se ha orado por todos los vivos, acto que se practica en todas las liturgias, el sacerdote recita, según la de Santiago, la salutación angélica, añadiendo: «porque diste á luz al Salvador de nuestras almas». Esta salutación hermosísima, en la liturgia de San Marcos es recitada antes de la consagración. Mas es de notar la alabanza que en aquella liturgia se tributa á la excelsa é inmaculada Madre de Dios, alabanza que debían de haber tenido en cuenta Ebión, que blasfemaba que Cristo fué Hijo de María y de José, y no del Espíritu Santo y de María; Nestorio y sus secuaces que negaban que la Virgen fuese madre de Dios, y los luteranos y calvinistas, que se atreven aún después de la definición de la Iglesia á ponerle mancha en el primer instante de su animación gloriosa; todos éstos, pues, antes de haber proferido sus inmundas herejías, debían de haberse fijado en lo que acerca de Nuestra Señora se consigna en esta liturgia. Así, el sacerdote después de la salutación angélica exclamaba: «Principalmente sea dada ala-

(1) Cateq. mistag. V.

(2) Lib. VIII.

banza á la Santísima, *inmaculada*, sobre todas bendita, gloriosa Señora nuestra, *Madre de Dios y siempre virgen María*: Digno es, que en verdad, bienaventurada te digamos, Madre de Dios, siempre bienaventurada, por todos conceptos irrepreensible y Madre de nuestro Dios, más digna de honra que los querubines y más gloriosa que los serafines, pues sin corrupción ó mancha, pariste al Verbo Dios; á tí, pues, Madre de Dios, volvemos á engrandecer. Á tí ¡oh llena de gracia!, proseguían cantando, te dan mil parabienes todas las criaturas; el coro de los ángeles y los hombres todos, pues eres templo santificado, paraíso espiritual, gloria de las vírgenes, de la que Dios tomó carne, y el que es antes de los siglos, nuestro Dios, se hizo Niño, á tu vientre hizo trono y te devolvió este mismo vientre más espacioso y más glorioso que los mismos cielos; á tí, oh llena de gracia, repetimos, el mundo todo te felicita. ¡Gloria á tí!» Así concluían la alabanza dedicada á María.

131. Finalizados estos loores en la liturgia de Santiago, y antes de ellos en todas las demás, se hacía mención de los difuntos, pidiéndose particularmente por aquél ó aquéllos por quienes se ofrecía el sacrificio, á fin de que el Padre de las misericordias les concediera un lugar de refrigerio, de luz y de paz; esto es, el cielo. Á continuación seguíanse varias oraciones más ó menos difusas en las liturgias orientales, todas referentes á aquellos divinos dones de cuya divina grosura iban á participar pronto el sacerdote, los ministros y los fieles. La liturgia romana solicita del Señor, á continuación, que el celebrante y el pueblo sean coparticipes de alguna parte de las que gozan los mártires que allí enumera, por Cristo Señor Nuestro. Luego añade que aquellos dones, antes pan y vino, se han convertido en el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo: en suma, por Cristo, en Cristo y con Cristo cifra Dios Padre, en unidad con el Espíritu Santo, todo el honor y gloria que se merece.

132. Al pronunciar estas palabras se elevaba un poco la Hostia y el Cáliz juntamente, los cuales eran adorados en algunos lugares por los fieles.

133. *Oración dominical.* Entre todas las oraciones, la más digna, las más santa y la más agradable á Dios es la enseñada por su Hijo Santísimo; es la oración del *Pater noster*. Preguntado el Divino Señor por los apóstoles de qué manera habían de orar, les respondió: «Así diréis cuando os pongáis en oración: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado etc». Asimismo la oración dominical es la más apta para los momentos antes de la Comunión, pues por ella pedimos al Altísimo todo cuanto tengamos que pedir, y solicitamos á la vez que nos proporcione en aquel mismo día el pan sobresubstancial, esto es, el Santísimo Sacramento. Después de los mementos y oraciones referidas es cuando la Iglesia, hablando en general, ha usado esta oración en la misa. Así se desprende de las liturgias de Santiago, S. Marcos, Romana y S. Cirilo de Jerusalén. Este último Padre (1) se expresa del siguiente modo: «Después de estas cosas, ó sea, después de los mementos, recitamos la oración que el Salvador enseñó á sus apóstoles»; é inserta á continuación de estas palabras la oración dominical, la que él mismo comenta. S. Optato Milevitano (2) y S. Agustín (3) añaden: «Luego de imponer las manos á los penitentes os volvéis al altar y no podéis dejar de decir la oración dominical». Dije, hablando en general, porque la dominical oración en la liturgia de S. Basilio, se recita después de la fracción de la Hostia. Además; así como entre nosotros el sacerdote recita ó canta solo esta oración, entre los griegos es recitada ó cantada por el sacerdote y por el pueblo juntamente; en las Galias, había también esta costumbre, pero en nuestros días ha desaparecido por completo.

Bendición del obispo sobre el pueblo. Terminada la oración dominical, seguía la bendición del obispo. Así lo transmite S. Agustín. Como en los primeros siglos, todos los que estaban presentes á la Comunión debían recibir el Cuerpo de Jesucristo, deduciase que algunos que no

(1) Cateq. V.

(2) Lib. 2.

(3) Hom. 42 inter 50.

querían recibirla porque no podían, ó por falta de voluntad, tenían que salirse después de la oración dominical, mas el obispo, si estaba presente, no permitía se marchasen sin darles antes su bendición. Los presbíteros, empero, no podían concederla.

134 y 135. Al concluir semejante hermoso rito, el celebrante imprimía un ósculo de grata paz al diácono y éste al subdiácono; el clero hacía lo propio con los de su estado, y el pueblo todo repetía este acto de caridad, los varones con los de su sexo y las mujeres con los del suyo; acto que se verificaba en medio del mayor orden y recogimiento posibles.

136. *Fracción de la Hostia.* Una vez que el celebrante recitaba: *Pax Domini sit semper vobiscum* y el pueblo contestaba: *Et cum spiritu tuo*, tomando aquél con gran reverencia la santa Hostia, la partía á imitación del Divino Salvador, que hizo lo propio en la noche de la Cena eucarística. Generalmente era dividida en cuatro partes, una de las cuales se introducía en el cáliz, las otras dos servían para comulgar y la restante se guardaba para los enfermos. Esta loable costumbre es conservada aún por los griegos, á diferencia de los latinos que dividen la santa Hostia en tres partes, imitando la acción del Divino Redentor que practicó en el castillo de Emaús, dividiendo el pan que había consagrado en tres porciones, de las cuales Él tomó una y entregó las otras dos á sus queridos discípulos. La fracción de la Hostia es uno de los ritos que usaron los mismos apóstoles; en sus actas se halla que los fieles concurrían los domingos á la *fracción* del Pan, y que perseveraban en la comunión de la *fracción* de este Pan saludable. (*Fotografado 22.*)

137. Faltaba el solemnísimo acto que la Iglesia universal practica en la santa Misa. Todo estaba preparado; el sacerdote, cogiendo con ambas manos la Hostia y el Cáliz, los levantaba á vista de todo el pueblo y éste, postrado en tierra, los adoraba con humildad sincera. Extrañará tal vez que la elevación y adoración de las sagradas Especies se hiciese poco antes de la Comunión, mas no debe extrañar esta



Fotografado 22.

La Misa milagrosa de S. Gregorio el Grande, representando la presencia real de Nuestro Señor Jesucristo en la Eucaristía.

Miniatura del siglo XV. Bibliot. de M. Ambros. Firmin. Didot.

circunstancia, porque hasta el siglo XII se practicó así en la universal Iglesia, cambiando luego ésta de práctica á causa de los errores sacramentarios. La Iglesia griega no adoptó esta especial medida porque no tuvo tantos motivos para llevarlo á cabo como la latina, por manera que sigue aún practicando la antigua costumbre, como asimismo la usan los maronitas, etíopes y otras iglesias orientales.